

Poco tiempo despues de estos sucesos, pasando yo por la cañada de Cerro-Gordo en direccion á la costa una tarde nublada y triste, se me apareció á mi izquierda, á corta distancia de la carretera, como una sombra fúnebre, el árido y escarpado cerro del Telégrafo, cuyo aspecto me oprimió el alma con la idea de la catástrofe de que habia sido teatro. Parecióme un gran túmulo levantado por la naturaleza á las víctimas de la batalla, y en cuya cima aún permanecia tendido el general Vazquez, envuelto en la bandera por él gloriosamente defendida, y que cayó con él, sirviéndole de sudario!

cios, los comandantes D. Prudencio Velasco y D. José María Osorno; los capitanes D. Manuel Herrerías, D. Manuel Palafox, D. Ambrosio Martínez, D. Felipe Velazquez, D. Agustín Sanchez y D. Antonio Sanchez; los tenientes D. José María Moctezuma, D. Ramon Blanco y D. Ignacio Quintana; y los subtenientes D. Eusebio Bear, D. Nicolás de la Portilla y D. Vicente Leon.

En la defensa de Veracruz, además del comandante D. Félix Valdés y del capitán D. José Platas, habian muerto el capitán D. José María Villasanta y el subteniente D. Manuel Busio de la Cruz.

XIX

DESPUES DE CERRO-GORDO.

Noticias complementarias de Cerro-Gordo.—Ocupacion de Jalapa y Perote.—Manifiesto de Scott.—Algo sobre la Doctrina de Monroe.

NO conozco otros documentos oficiales nuestros relativos á los sucesos de Cerro-Gordo que el breve parte de Santa-Anna de 17 de Abril que cité en mi penúltimo capítulo; el que fechó el mismo jefe en Orizaba el 22 del propio mes; el que Canalizo habia dirigido el 18 al gobierno desde la Banderilla, cerca de Jalapa, y el del general Pinzon rendido más de un año despues (el 27 de Julio de 1848) y de que me ocupé algo extensamente al hablar de nuestra derrota.

En el segundo de sus mencionados partes, Santa-Anna se limitó á decir que, habiendo Scott repetido el ataque del 17 en la madrugada del 18 con todas sus fuerzas, compuestas de 12,000 hombres, logró su intento de forzar el paso, tras una lucha de tres horas en que se peleó por ambas partes con valor y desesperacion: que por la nuestra se habia logrado reunir en Cerro-Gordo, 3,000 infantes permanentes y activos y poco más de 2,000 de la guardia nacional de los Estados de Veracruz y Puebla. "Pero estos últimos, asentaba, aún no sabian bien el manejo del arma, y su inexperiencia nos fué funesta.¹ Se encontraba en aquel campo la division de caballería que puse á las órdenes del señor general D. Valentin Canalizo; pero el terreno no le permitió obrar, y se retiró para Jalapa en los momentos en que comenzó á ceder nuestra infantería." Agregaba no saber qué pérdida tuvo el ejército, porque, cercado él mismo de los soldados de Scott, se halló en inminente peligro y apenas

1 Santa-Anna repitió esta declaracion en su "Informe," y el lector recordará lo que acerca de ella dije en mi anterior capítulo.

ALFONSO ALFONSO

pudo salvarse con seis de sus ayudantes, pernoctando el 18 en la hacienda de Tusamapa y llegando el 21 al anochecer, á Orizaba, donde estableció su cuartel general.¹ En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" (pág. 187), se dice que Santa-Anna, en la noche del 20, dirigió desde Huatusco un extraordinario al gobierno, con un parte muy vago y *seguramente muy injusto* de la batalla; probablemente contenía las inculpaciones que poco despues provocaron algunos de los ataques de que hablé en mi último capítulo; pero, si se publicó tal documento, no le he hallado en los periódicos de aquel tiempo.²

El general Canalizo decia el 18 de Abril desde la Banderilla, despues de hablar de la pérdida del Telégrafo y del desórden que tal suceso causó en nuestras posiciones de la izquierda: "Estaba exceptuada de este desórden la caballería; pero, cortada por una columna enemiga que se interpuso sobre el camino, apoyada del bosque de la izquierda, fué necesario abrimos paso á viva fuerza para no quedar prisioneros, y eso me imposibilitó de reunirme con el Excmo. Sr. presidente general en jefe, y lo mismo á los señores generales ocupados en el sosten de la batería situada frente al cuartel general. . . . De pronto diré á V. E. que con los pocos restos de la infantería y la caballería que he reunido, de que daré un detalle exacto más adelante, sigo mi marcha pernoctando esta noche en la Hoya, y seguiré hasta recibir las órdenes del supremo gobierno, por no poder defender ningun punto del tránsito, en razon de que, perdido el total de artillería y todo el material de guerra, no tengo municiones ni para reponer por una vez las de las cartucheras."

La caballería de Canalizo y la brigada Arteaga, si no se hubieran demoralizado por completo, con solo hacer alto en algun punto del camino de Cerro-Gordo á Jalapa habrian bastado para detener durante muchas horas, ó acaso uno ó dos dias, á los vencedores en su marcha, puesto que ambas fuerzas formaban un total de más de 3,000 hombres. En último caso, habrian podido utilizarse sus servicios en la segunda línea de

¹ Segun la narracion publicada en los "Apuntes para la Historia de la Guerra," acompañaron al general Santa-Anna los generales, jefes, oficiales y particulares mencionados en alguna de las notas de mi último capítulo. En Tusamapa se les presentaron dos ó tres soldados del 11^o llevando la caja de su cuerpo con algun dinero. De la expresada hacienda hubo que salir esa misma noche (el 18) al saberse que se aproximaba una partida enemiga. El 19 atravesaron el rio de la Junta y llegaron al rancho del Volador. El 20 llegaron á Huatusco, donde fueron muy bien recibidos y pernoctaron; y el 21, pasando por Coscomatepec, llegaron á Orizaba, cuyos vecinos más notables salieron al encuentro del general presidente.

² Entre los militares que atacaron por medio de la prensa á Santa-Anna en aquellos dias, se contaban los generales Miñon y López Uruga: el primero criticó las operaciones todas de Santa-Anna, y el segundo se contrajo á los sucesos de Cerro-Gordo.

defensa que principalmente consistió en las fortificaciones de la Hoya, pueblo á cuatro ó cinco leguas más acá de Jalapa, y á cuyas inmediaciones el camino carretero pasa entre dos altos cerros que dominan todo aquel rumbo entapizado de lavas volcánicas, y en los cuales se habia situado artillería. Es casi seguro que si Santa-Anna, al retirarse del campo de batalla, logra pasar por los del Lencero á Jalapa en vez de verse obligado á tomar la direccion de Tusamapa desde luego y la de Orizaba en seguida, habria podido detener y reorganizar gran parte de dichas fuerzas, guarneciendo con ellas la expresada segunda línea, que hubiera llenado así su objeto, obligando á los invasores á permanecer un par de semanas en Jalapa; tras lo cual, aún en el supuesto de no ser defendida la Hoya á última hora, las tropas mexicanas se halláran en la posibilidad de retirarse á Perote, encerrándose en su fortaleza y conteniendo de este modo uno ó dos meses más á Scott en su avance sobre Puebla. Pero, faltando la cabeza y cundiendo el pánico de la derrota, nada se hizo en tal sentido. El general Gómez Palomino, jefe de la segunda línea, dirigió á Perote en la mañana del 18 de Abril un extraordinario dando aviso de la catástrofe, y pidiendo cábría y carros para desmontar y trasladar á aquella fortaleza la artillería de los cerros de la Hoya por no tener gente con que defenderlos; y, como se sabia que el enemigo avanzaba, las piezas fueron abandonadas ántes de la llegada de los carros. Cuando Santa-Anna desde Orizaba, donde ya tenia consigo la brigada de Oaxaca que el general D. Antonio Leon llevaba á Cerro-Gordo, dictó órdenes para que las fuerzas que se retiraron por Jalapa defendieran la Hoya y la fortaleza de Perote, habia sido ya evacuado hasta el segundo de estos puntos.

Suma confianza habia inspirado al vecindario de Jalapa, donde seguian residiendo la mayor parte de las familias emigradas de Veracruz, la importancia de los elementos militares reunidos en Cerro-Gordo; y se puede asegurar que hasta mediados de Abril nadie creyó próximo el dia de la ocupacion de la ciudad por los invasores; pues aunque algunos vecinos no compartieran la patriótica esperanza de la derrota ó retirada de Scott hácia la costa para reembarcarse ó luchar en ella con el vómito durante la estacion de su mayor desarrollo, creían, por lo ménos, que no podria aquel jefe vencer muy pronto la resistencia que un ejército como el de Santa-Anna le opondria en un trayecto de cinco ó seis leguas en que no faltan posiciones á propósito para cerrar el paso y causar grave daño al enemigo. La tardanza de éste en atacar nuestro campamento causaba impaciencia en la ciudad, y cuando se oyó en ella en la tarde del 17 el lejano cañoneo que anunciaba el combate, la gente se reu-

nió alborozada en grupos, á esperar la noticia del resultado. Súpose al paso del extraordinario dirigido al gobierno y que trajo allí la órden del inmediato avance de la brigada Arteaga, llegada pocas horas ántes á Jalapa.

El 18 aún no se hablaba sino de los escasos pormenores de la funcion de la víspera, cuando á eso de las once de la mañana empezaron á circular rumores de la completa derrota de nuestro ejército, con referencia al comerciante D. Manuel Hidalgo que llegaba del campamento, y á quien la autoridad local, por pronta providencia, arrestó. A las doce, la vista de los primeros dispersos no dejó duda respecto de la catástrofe, y se empezó á notar en las calles el tránsito precipitado de oficiales y soldados de caballería que, como si el enemigo les viniera picando la espalda, huían por el camino de México sin dar descanso á las cabalgaduras ni detenerse á tomar alimento. El general Gómez Palomino salía en litera hácia la Hoya. Las autoridades políticas y judiciales hacian empacar los archivos y se disponian á emigrar.¹ El ayuntamiento se reunió y nombró una comision de su seno que fuera al encuentro de Scott á pedirle garantías para la ciudad. Dicha comision, de que formaba parte mi padre, salió á las tres y media de la tarde, en carretela abierta, por no haberse proporcionado otro carruaje, y á tiempo que los infantes dispersos de la brigada Arteaga, ébrios con el aguardiente de los tendajos que habian saqueado en los suburbios, invadian las calles dando gritos de furor y disparando sus armas. Algunos de los que venian por el camino, al cruzarse con los comisionados que iban al campo enemigo, los llamaban á grandes voces traidores, les tendian los fusiles y aún llegaron alguna vez á hacerles fuego. La comision fué bien acogida por el general Patterson en el Lencero, y regresó en la noche,² que se pasó sin alumbrado en las calles y resonando en la oscuridad los gritos de los fugitivos de Cerro-Gordo y los golpes que daban en las puertas de tiendas y casas queriendo abrirlas.

A las diez de la mañana del 19, en medio de un silencio que hacia más completo la ausencia de gente en las calles, resonaban pavorosamente en el empedrado los cascos de los frisones del enemigo, cuya caballería fué la primera que entró por la garita de Veracruz, formando en la plaza de armas y repartiéndose despues en diversos cuarteles. Frente á las

¹ El gobernador D. Juan Soto y los empleados de su secretaria, así como algunos miembros de la legislatura del Estado, se trasladaron á Huatusco.

² Patterson asienta que al entrar en Jalapa el 19 le acompañaban los comisionados; mas no me cabe duda de que regresaron en la noche del 18.

casas municipales desmontaron los generales Patterson y Twiggs¹ y otros jefes y oficiales, entrando en la sala de cabildos, donde estaba reunido el ayuntamiento, y que algunos vecinos curiosos invadimos. Ocupó Patterson el asiento principal bajo el dosel, y, por medio del intérprete, dijo á los munícipes que el ejército de los Estados-Unidos velaria por la seguridad de la poblacion y castigaria severamente, al mismo tiempo, cualquier acto de hostilidad de parte de los habitantes: excitó á la corporacion á continuar en el ejercicio de sus atribuciones y deberes; pidió noticias respecto de cuarteles y alojamientos, y dictó ó hizo dictar disposiciones para el abasto de las tropas. Era Patterson hombre como de cincuenta años, no muy alto, afeitado de barba, grave y reposado en su fisonomía y ademanes. Twiggs era grueso y de elevada estatura, con la barba y el cabello largos y blanqueándole, brusco en sus movimientos, de carácter impetuoso y resuelto, y usaba el uniforme y la gorra azul de todos los regulares, sin más distintivo de su grado que las abultadas estrellas en las anchas presillas. En el porte de aquella gente, grave y fria casi toda, no aparecia el orgullo, ni siquiera la satisfaccion de la victoria que nuestras razas meridionales no habrian sabido ni querido ocultar. Recuerdo la estrañeza que me causó ver á alguno de los jefes suplir expeditamente con los dedos el uso más vulgar del pañuelo; y que mi irreflexiva sonrisa se heló ante aquella reunion discordante de funcionarios nuestros mudos y abatidos, y de batalladores anglo-sajones triunfantes y poderosos, que daban sus órdenes en lengua extraña y áspera, nunca oída en tal sitio ni por nuestros antepasados ni por nosotros!

La infantería y artillería de Twiggs salidas de Cerro-Gordo en persecucion de nuestra gente; la 1ª division de regulares al mando de Worth que, sin haber tomado parte en la batalla, siguió en marcha el 18, y el resto de las fuerzas que habia quedado levantando el campo, fueron llegando á Jalapa en el curso de la semana. Scott fechó allí su segundo parte el 23 de Abril, y desde ántes habia hecho avanzar á Worth hácia Perote. No conocí sino meses despues al general en jefe enemigo, especie de corpulento león de piedra, con el rostro picado de viruelas, de fisonomía tranquila y vulgar, y que en su traje y porte no se distinguia de los demás jefes. Fueron traidos á Jalapa los heridos nuestros y norte-americanos de Cerro-Gordo, que eran numerosísimos y, además de llenar los hospitales, ocuparon algunas casas, causando probablemente su aglomeracion y el consiguiente desaseo, una terrible epidemia de di-

¹ Segun los partes oficiales, Patterson, al avanzar del Lencero á Jalapa, encomendó á Twiggs el mando de la infantería y artillería; pero recuerdo que el expresado Twiggs,

sentería que afligió á la poblacion por espacio de varios meses.¹ La oficialidad enemiga ocupó edificios públicos y casas de particulares vacías, sin exigir alojamiento en las habitadas: el pan, la carne y demás víveres eran largamente pagados á los abastecedores y vendedores; y no se dieron en los primeros dias casos de violencia de parte de la tropa, no obstante el abuso de las bebidas embriagantes, cuyo expendió se trató en vano de limitar, y las burlas y los desmanes de nuestro pueblo que abusaba del carácter confiado y bonachon de los invasores, hasta despojándolos á veces de sus armas. Diríase que el clima benigno y el risueño y magnífico aspecto de aquel eden nuestro que calma las pasiones violentas, enerva toda actividad física y predispone el ánimo á la quietud y á la benevolencia, habian amansado á los hombres del Norte tras las fatigas y emociones de la marcha y de los combates en otra zona árida y ardiente. La verdad es que tal actitud entraba en los planes del enemigo para adormecer el espíritu de hostilidad de nuestras poblaciones del Oriente y del centro, y que el reverso de la medalla apareció despues para Jalapa, como para los demás puntos caidos en poder de los vencedores.

En Perote, de cuya fortaleza era gobernador el general D. Antonio Gaona, se supo la derrota de Cerro-Gordo el 18 en la tarde, á la llegada del extraordinario del general Gómez Palomino pidiendo cábria y carros para desmontar y trasladar allí la artillería de la Hoya. Gaona contestó que iban ya en camino los carros, pero que él salvaba su responsabilidad por el abandono de tal punto. Al amanecer el 19 empezaron á llegar á Perote los dispersos, generales, jefes, oficiales y soldados, y la fuerza de caballería de Canalizo que habia pernoctado el 18 en las Vigas.² A las tres de la tarde este general ordenó á Gaona que evacuara completamente el castillo en el resto del dia. En el expresado fuerte, además de una guarnicion de 250 nacionales de Tlapacoya, Jalacingo y Perote y 25 artilleros, habia 50 enfermos, como 30 mujeres de la tropa y 150 presos y sentenciados, algunos de ellos á la última pena. Los enfermos fueron recogidos por el alcalde de Perote, y la plata labrada y los ornamentos de la capilla enviados al cura párroco esa misma tarde.

dejando seguramente sus fuerzas en el Lencero, llegó á Jalapa en union de Patterson ó pocos momentos despues que este jefe.

1 Estuvo dando asistencia á los heridos mexicanos el jefe de nuestro cuerpo-médico militar D. Pedro Van-der-Linden, y les hizo suministrar auxilios pecuniarios la entonces rica familia de Echeverría, oriunda de Jalapa.

2 Aunque Canalizo en su despacho anunció que pernoctaria en la Hoya, parece que gran parte de su gente llegó hasta el pueblo de las Vigas en la citada fecha.

“A las nueve de la noche —dice el autor del “Tributo á la Verdad”— no habia en la fortaleza más que cuatro personas y el general Morales; todas las puertas abiertas y ni una luz: tanto movimiento, miedo y confusion en tan pocas horas habia cambiado en un profundo silencio y soledad. Cerca de las once de la noche vinieron á la fortaleza los jefes de ingenieros Robles y Cano y el teniente de zapadores D. Manuel Fuertes, que se acostaron á la luz de la luna en los canapés de la casa del gobernador, porque en el pueblo no habia donde hospedarse. Desde la madrugada del dia 20 principió á ponerse en marcha el resto del ejército con mulas de carga y carros: á las nueve de la mañana vino á la fortaleza el general D. Antonio Castro con unos 300 dragones que se llevaron el tabaco y naipes que habia allí depositados: y mil pesos que en el registro que hicieron halló escondidos un sargento, se los quitó un capitán y se fué con ellos no se sabe adónde..... Los presidiarios, no teniendo quien les impidiera la salida, se fueron todos, llevándose cada uno lo que pudo coger. Los criminales, incluso los sentenciados á la última pena, salieron custodiados por los nacionales de Jalacingo, cuyo alcalde, por no tener con que mantenerlos, los puso en libertad. Quedaron en el pueblo de Perote el general Landero con su familia, el general Duran con su esposa, y el teniente coronel de artillería Velazquez; éste último para hacer entrega de la fortaleza, segun él mismo nos dijo despues. Landero se fué al pueblo de Altotonga, Duran á un pueblo de la Sierra y Velazquez á Puebla..... A las diez del dia 20 aún no acababan de salir los restos del ejército de Perote, porque allí, como en el camino, no habia más orden ni arreglo de marcha que la voluntad y posibilidad de cada uno; así es que desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche estuvieron llegando á Tepeyahualco, donde hubo muchas dificultades para encontrar alimento. Desde este punto hasta Nopalucan se caminó en dispersion, llegando cada uno como podia: en este pueblo alcanzamos á los generales Canalizo, Alcorta, Gaona, Juvera, Arteaga, Zenea y otros, y como cuarenta coroneles, jefes y oficiales.” El autor de este relato agrega que en Nopalucan recibió Canalizo un extraordinario del gobierno para Santa-Anna, cuyo paradero se ignoraba; y que abiertos los pliegos, por creerse que contendrian órdenes relativas al ejército, se halló que no habia en ellos sino generalidades y excitativas á la constancia y al patriotismo con motivo de la derrota. Tambien agrega que ántes de llegar á Puebla, recibieron el mismo Canalizo y Gaona órdenes de Santa-Anna de proteger la fortaleza de Perote el primero, y de ponerla en buen estado de defensa el segundo y sostenerse en ella mientras el general en jefe podia auxiliarle; de todo lo cual se burla el

narrador del "Tributo á la Verdad," haciendo notar de paso, que Santa-Anna expidió tales órdenes desde Huatusco ú Orizaba, y sabiendo positivamente que Gaona no tenia pólvora ni para un solo tiro de cañon.¹

El general Worth y su division ocuparon el pueblo y la fortaleza de Perote, á las doce del dia 22 de Abril, recibiendo del coronel Velazquez, comisionado de la autoridad mexicana, el armamento y el material de guerra del castillo, consistentes, principalmente, en 66 cañones y morteros de fierro y de bronce de diversos calibres, en buen estado de servicio; 11,167 balas de cañon, 13,325 bombas y granadas de mano, y 500 fusiles, 300 de ellos inservibles. Entre los morteros de bronce, los habia de 18 $\frac{3}{4}$, 12, 7 $\frac{1}{2}$ y 7 pulgadas (inglesas): 2,413 de las granadas estaban cargadas: habia herramienta y algunos otros útiles y materiales de maestranza, y de todo se formó minucioso inventario que firmaron el repetido coronel Velazquez y los capitanes de Hart, del 2º de artillería, y Lee, de ingenieros.

Asienta Worth en su parte, que los mexicanos, en su retirada hasta allí, no llevaban cañones ni iban en formacion, excepto unos 3,000 caballos en el más deplorable estado al mando de Ampudia: que la infantería, en número como de 2,000 hombres, pasó en pelotones, generalmente sin armas, pues los pocos soldados que llevaban alguna, la daban por dos ó tres reales luego que hallaban comprador: que la derrota y el pánico eran completos, y quedaba libre el camino, siendo posible, pero dudoso, que los fugitivos se detuvieran en Puebla: que habia ya reunido á precio cómodo 300 cargas de trigo, y esa noche (el 22), enviaba un destacamento de caballería á la hacienda de Tenestepec á recoger más, en lo cual le ayudaban activamente las autoridades comarcanas, á quienes, en una breve entrevista, instruyó de las miras y de los sentimientos del ejército norte-americano bajo todos respectos: que hallaba general prevencion contra Santa-Anna, á quien se suponía oculto en los montes: que si Scott tuviera los medios de moverse rápidamente mién-

¹ En su parte fechado en Orizaba el 22 de Abril decia, efectivamente, el general Santa-Anna al gobierno:

"Parece que el enemigo, aprovechando su triunfo y el aturdimiento en que observa á los pueblos, se propone seguir hasta esa capital; pero estoy dictando providencias para organizar aquí una fuerza respetable, sobre la que ya existe al mando del general D. Antonio Leon, y puede V. E. asegurar al E. Sr. Presidente sustituto, que con algunos auxilios que reciba de los Estados limítrofes ó del mismo supremo gobierno, podré hostilizar al enemigo por su retaguardia de una manera que le sea sensible, entretanto se logra su destruccion. Ya he librado órdenes al general Canalizo para que con la caballería proteja la fortaleza de Perote, y al general Gaona que la ponga en el mejor estado de defensa, entretanto puedo auxiliarlo."

tras duraba el terror, la retaguardia quedaria asegurada con poquísimas fuerzas: que podria hacerse de mulas en aquellos alrededores para enviarlas á Jalapa ó conservarlas allí: que la fortaleza era capaz de albergar á 2,000 hombres, y tenia vastos almacenes, hospitales y provision de excelente agua dentro de sus muros:¹ que los generales Landero y Morales allí confinados con motivo de la capitulacion de Veracruz, á la salida de la guarnicion mexicana quedaron en libertad de irse adonde les conviniera; sucediendo otro tanto con los prisioneros norte-americanos, algunos de los cuales, pertenecientes al regimiento de la Carolina del Sur, capturados cerca de la expresada plaza de Veracruz, se agregaron á las fuerzas de Worth; por último, que el teniente de marina Rogers, prisionero tambien, habia sido anteriormente remitido á México.

Desde luego hallará el lector la inexactitud de algunas de estas noticias, recordando que la fuerza nuestra de caballería al mando de Canalizo —no de Ampudia— no llegaria ni á 2,000 hombres á su tránsito por Perote; y que mal podian ser 2,000 los infantes fugitivos por aquel rumbo, cuando, aparte de los 225 de la guarnicion del castillo, solo podian proceder de la brigada Arceaga, compuesta de 1,000 hombres ántes de desorganizarse; no habiendo tiempo, por lo demás, para que alguna parte de la infantería que capituló en Cerro-Gordo ó se dispersó por los senderos que conducen al rio del Plan, pasara por Perote ántes del 22 de Abril, cuando, á mayor abundamiento, las fuerzas enemigas ocupaban todo el camino.

Agregaré aquí que Worth, encerrando gran acopio de víveres y municiones de guerra en la fortaleza de San Carlos y guarneciéndola con una fuerza de 300 á 400 hombres para no abandonarla ya durante el resto de la campaña, avanzó hasta Tepeyahualco, pueblo á seis ó siete leguas más acá de Perote, en el camino de este último punto á Puebla, estableciendo un campo atrincherado en dicha localidad.²

¹ La fortaleza de San Carlos de Perote, que domina extensísimos llanos al Norte de la montaña del Cofre, fué construida bajo el gobierno del Marqués de Croix en el último tercio del siglo XVIII, cuando, por temor á los ingleses, se trajo artillería gruesa á Ulúa, se aumentaron las fortificaciones de este castillo y de Veracruz, y vinieron algunos regimientos de España. La expresada fortaleza de San Carlos, utilísima como punto de depósito de tropas, víveres y material de guerra para la defensa de la costa de Veracruz, y que tambien servia de prision de Estado, fué mandada destruir por el gobierno federal en el período de 1857 á 60; pero, como su demolicion habria costado muchos miles de pesos, se contentaron los destructores con quemar ó arrancar las puertas y quitar los techos de teja, permaneciendo hasta hoy abandonada, pero casi intacta en sus muros y bóvedas, aquella gran fábrica.

² A la llegada de Quitman á Perote, se movió de allí Worth el 8 de Mayo. La guarnicion dejada en el castillo se compuso del 1º regimiento de Pensylvania y una compa-

Tales fueron los inmediatos resultados de nuestra derrota en Cerro-Gordo combinados con otras circunstancias también aciagas y que dejó indicadas. Lo cierto es que el invasor, después de la batalla del 18 de Abril, tuvo abierto el camino hasta Puebla, bien que no ocupara esta ciudad sino en los últimos días de Mayo. Tal facilidad para internarse no ha de haber sorprendido á Scott, quien al dar su primer parte de la batalla, envió á Washington la proclama expedida por Santa-Anna con motivo de la capitulación de Veracruz y en que decía este jefe: "Si el enemigo avanza un paso más, la independencia nacional se hundirá en los abismos del pasado;" llamando Scott la atención de su gobierno sobre tal frase y agregando: "Hemos dado este paso." Parece, pues, que había tomado á lo serio lo que simplemente era una de nuestras acostumbradas hipéboles, y que en opinión suya estaba ya casi consumada la conquista de México.

El mismo Scott dirigió en Jalapa el 11 de Mayo (1847) un manifiesto á los mexicanos, escrito y publicado en castellano, expresando el deseo de la paz, y al mismo tiempo la resolución de proseguir la guerra si no era dable obtener aquella por medio de arreglos satisfactorios.

Tal documento, que terminaba anunciando el próximo avance de las tropas norte-americanas sobre Puebla y México, tendía á sembrar la desconfianza contra nuestro gobierno, y respecto del resultado de la defensa, y á ganar simpatías á los invasores pintándolos resueltos á respetar la propiedad particular y la de la Iglesia, la fe religiosa y la libertad civil de los ciudadanos, y á ser, en suma, protectores del pueblo contra las vejaciones y expoliaciones de los partidos y del ejército.¹ Hablando de éste, elogia el valor y la abnegación del soldado que, sin elemento alguno de comodidad, acudía á los campos de batalla sabiendo que, herido, quedaria abandonado á la caridad del vencedor, y, muer-

ña del 3º de infantería. Worth traía consigo, además de su división, un mediano tren de sitio, una sección de bomberos de á 12 de la batería de campaña de Wall, y un escuadrón de caballería. Quitman siguió el movimiento de Worth el día 9 con sus dos regimientos restantes y la segunda sección de la batería de Wall.

¹ "Nosotros, decía Scott, no hemos profanado vuestros templos, ni abusado de vuestras mujeres, ni ocupado vuestra propiedad, lo decimos con orgullo y lo acreditamos con vuestros mismos obispos y con los curas de Tampico, Tuxpam, Matamoros, Monterrey, Veracruz y Jalapa; con todos los religiosos y autoridades civiles y vecinos todos de los pueblos que hemos ocupado. Nosotros adoramos al mismo Dios, y una gran parte de nuestro ejército, así como de la población de los Estados-Unidos, somos católicos como vosotros: castigamos el delito donde quiera que le hallamos, y premiamos al mérito y á la virtud. El ejército de los Estados-Unidos respeta y respetará siempre la propiedad particular de toda clase y la propiedad de la Iglesia mexicana; y ¡desgraciado de aquel que así no lo hiciese donde nosotros estemos!"

to, no lograría una miserable sepultura; y criticaba la conducta de los jefes que, colmados de honores y beneficios por la nación, la abandonaban en los momentos en que más necesitaba de sus servicios. A vueltas de razones más ó menos especiosas, contenía grandes verdades el manifiesto, cuyo efecto se vió á poco en la ocupación de la segunda ciudad de la República por el enemigo sin disparar un solo tiro. Las benévolas y conciliadoras frases de Scott y el buen sentido práctico que dominaba en muchas de ellas, venían formando penoso contraste con las amenazas que para la masa pacífica y trabajadora de nuestra sociedad envolvían estas otras de Santa-Anna dirigidas desde Orizaba al gobierno en su parte relativo á Cerro-Gordo: "No puedo dejar de manifestar á V. E. que estoy admirado de la apatía y egoísmo de nuestros conciudadanos en las actuales circunstancias; y juzgo ya necesario para salvar al país, que los supremos poderes de la nación dicten severas y ejecutivas providencias para que cada uno cumpla con aquellos deberes que la sociedad y las leyes imponen." Para todo lo que no fuera la falange, innumerable entre nosotros, que ejerce el gobierno y la administración y que aspira á ejercerlos; para todo lo que no fuese esta falange ó el reducido círculo de ciudadanos ilustrados y patriotas que comprenden y practican los deberes que un país impone á sus hijos; para la gran masa ignorante ó desmoralizada por cuarenta años de guerra civil, y que se compone de agricultores y comerciantes expoliados, de artesanos y obreros sin emulación ni trabajo, cogidos en leva para el servicio de las armas, y de indígenas en la miseria y el aislamiento, considerando á la gente blanca ó mestiza como usurpadora del territorio, el contraste á que me refiero entre la promesa de las ventajas de la libertad civil casi nunca disfrutada aquí, y la amenaza de nuevos sacrificios y violencias, tenía que ser favorable á los invasores y que dar sus frutos, como desgraciadamente los dió.

En alguno de mis artículos relativos á la defensa de Veracruz dije ya que era altamente encomiada por el jefe enemigo en el documento á que aquí me refiero, y en el cual, atacándose y queriéndose desprestigiar por completo al general Santa-Anna, se dejó consignada una de las pruebas más valiosas de su inculpabilidad, al asentarse por el caudillo mismo de la invasión, que el gobierno de los Estados-Unidos se equivocó al franquear á aquel personaje nuestro la entrada á México, con la esperanza de que no hubiera llevado adelante la resistencia.

Hasta aquí, el documento en que me ocupo obedecía al plan general, no inhábil ciertamente, de Scott, que tendía á separar al pueblo mexicano de su gobierno y á infundirle confianza en los invasores; y á cuyo

plan concurrían el pacífico comportamiento de las tropas en Jalapa, y las entrevistas del general Worth con las autoridades de Perote.

Por lo demás, en el manifiesto de Scott aparecían más ó ménos embizadas, las principales deducciones y aplicaciones de la Doctrina de Monroe sintetizada en la frase "América para los americanos," y que cada día se va haciendo más sustanciosa y significativa. Ya el presidente Polk la había invocado en sus discursos, hablando de México, y, posteriormente, en el de 7 de Diciembre de 1847, tratando de lo mucho que convendría á los Estados-Unidos anexarse la California invadida, alegó el temor de que en caso contrario viniera á convertirse en colonia europea ó en Estado independiente, pero débil y sometido á algun protectorado extranjero. Discurriendo en el mismo mensaje acerca de la eventualidad de que la paz no se ajustara con algun gobierno liberal mexicano sólidamente establecido bajo la influencia norte-americana, y de que nuestro país, por el temor de nuevas revoluciones y de la continuacion del desorden y la anarquía, á la retirada de los invasores se echara en brazos de algun monarca europeo que le protegiera, avanzó á decir: "Esto, por nuestra propia seguridad y en la prosecucion de nuestra adoptada política, nos veríamos obligados á resistirlo. Nunca podríamos consentir que México se convirtiera así en monarquía gobernada por un príncipe extranjero." Por ahora y ántes de tan autorizadas y concluyentes declaraciones, hablando de los esfuerzos del gabinete de Washington para arreglar la cuestion de Tejas con la administracion del general Herrera derrocada en 1845 y sustituida por la de Paredes, se expresaba Scott en estos términos: "El nuevo gobierno desconoció los intereses nacionales, así como los continentales americanos, y eligió, además, las influencias extrañas más opuestas á estos intereses y más funestas para el porvenir de la libertad mexicana y del sistema republicano *que los Estados-Unidos tienen el deber de conservar* y proteger. El deber, el honor y el propio decoro nos pusieron en la necesidad de no perder un tiempo que violentaban los hombres del partido monárquico, porque era preciso no desperdiciar momento; y obramos con la actividad y decision necesarias en casos tan urgentes, para evitar así *la complicacion de intereses* que podria hacer más difícil y comprometida nuestra situacion." Que es como si dijera en lenguaje claro y sencillo, que la elevacion del partido monárquico al gobierno de México fué la causa principal de la guerra, y que los Estados-Unidos se apresuraron á hacérsela miéntras estábamos solos y para no tener que medir más tarde sus armas con las nuestras y las de Europa. Pero continuemos con el manifiesto. "Lo pasado, agregaba, no puede ya remediarse; pero lo futuro puede preca-

verse todavía: repetidas veces os he manifestado que el gobierno y el pueblo de los Estados-Unidos desean la paz, desean vuestra sincera amistad. Abandonad, pues, rancias preocupaciones; dejad de ser el juguete de la ambicion particular, y conducíos como una gran nacion americana: dejad de una vez esos hábitos de colonos y sabed ser verdaderamente libres y verdaderamente republicanos, y muy pronto podeis ser muy ricos y felices, pues teneis todos los elementos para serlo; mas pensad que sois americanos y *que no ha de venir de Europa vuestra felicidad.*"

No entra en el plan ni en el género de estos estudios examinar hasta dónde pueda ser satisfactorio ó mortificante para un pueblo el goce de una felicidad determinada, impuesta por un vecino fuerte y resuelto. Pero es, sí, curioso hoy, despues de tantos y tan graves sucesos, exhumar y examinar las manifestaciones de la política norte-americana hace treinta años, y ver cómo se ligaron y continuaron con el espíritu y las frases mismas de las notas de Seward en 1864 y 65; y curioso y triste es tambien advertir que, despues de casi un tercio de siglo y de los acontecimientos de que nuestra nacion ha sido teatro, el papel de los Estados-Unidos respecto de México, no solo es hoy el mismo que entónces, sino que se halla libre del contrapeso que en aquella época pudieran oponerle las esperanzas cifradas en la política europea como protectora de la nacionalidad mexicana, y el temor, ó, cuando ménos, la mesura que la expectativa de la accion del Antiguo Continente en los asuntos del Nuevo inspiraba á los sostenedores del *Destino manifiesto*. En efecto, lo que alarmaba hace catorce años á nuestros vecinos,¹ desapareció para siempre; pero la Doctrina de Monroe, no aplicable ya contra ejércitos ni tronos, comienza á ser invocada contra el comercio europeo en México y hasta contra la empresa de comunicacion interoceánica de Lesseps, sin duda á causa de lo que uno y otra puedan tener de monárquico. Un notable escritor de la escuela positivista —radicalmente opuesta á la que sigo, si bien suelen una y otra concordar en el sentido práctico de ciertas apreciaciones políticas— acaba de hacer notar cuerda y donosamente, que la frase sacramental "América para los americanos" no tiene otra significacion directa y genuina que la de "América para los Estados-Unidos," lo cual explica todo.² Si las rivalidades y los intereses

¹ Este capítulo fué escrito en 1879.

² En apoyo de la verdad de lo dicho, hay que recordar que en el país vecino no se da el nombre de *americanos* sino á sus propios habitantes: casi todos los hijos de la América española son denominados allí *españoles*, ó *mexicanos*, *peruanos*, *cubanos*, etc. Y por efecto de una costumbre que pudiéramos calificar de fatal, en los mismos pueblos hispano-americanos y especialmente en el nuestro, por más americanos que sean los hi-

creados por la guerra separatista han hasta aqui impedido que el coloso siga extendiéndose hacia el Sur á costa nuestra, ¿quién —á no contar con la intervencion favorable de la Providencia— podrá pensar con ánimo sereno en el porvenir de México?

jos y los productos de todo el Nuevo Continente, no se designa ya por *americano* sino lo que pertenece á los Estados-Únidos. Antes se decia ciudadano *norte-americano*, algodón *norte-americano*, etc.; hoy se dice ciudadano *americano*, algodón *americano*, sin que esto produzca error ó simple duda.

1 Generalmente se ha dicho y creído que el manifiesto de Scott fué escrito por alguno de los mexicanos más opuestos á la administracion de Santa-Anna ó pertenecientes al partido anexionista que empezaba á formarse aquí. Lo cierto es que, habiendo aparecido bajo la firma del jefe del ejército invasor las alusiones é indicaciones aquí citadas en aplicacion de la Doctrina de Monroe, su responsabilidad pesa directa é indudablemente sobre el gobierno á quien Scott representaba en México; y el cual, en lo privado, no llevó á bien que el expresado comandante en jefe se hubiera engolfado en tales honduras, como lo manifestó el secretario de la Guerra Mr. Marcy al mismo Scott en alguno de sus despachos ó cartas particulares. De luego á luego resultaba que mientras el ejecutivo de los Estados-Únidos siempre alegó por causa única de la guerra la resistencia de México á satisfacer sus reclamaciones y á arreglar la cuestion de límites en los términos que pretendian nuestros vecinos, Scott dejó entender en su manifiesto que el principal fin de las hostilidades fué acabar con la preponderancia del partido monárquico que, erigido en gobierno, trataba de destruir la forma republicana en nuestro país.

XX

JALAPA.

Usos y costumbres del invasor.—Las guerrillas en el Estado de Veracruz.—Convoyes del general Cadwalader y del mayor Lally.—Fusilamiento de Alcalde y Garcia.

HEMOS dejado en Perote y Tepeyahualco la vanguardia del invasor, cuyo cuartel general, ántes de terminar el mes de Mayo de 1847, quedó en Puebla, sirviéndole esta ciudad de base y punto de partida para la invasion del Valle de México.

Préviamente al exámen de esta última faz de la guerra, y á fin de expeditar el camino que nos falta que recorrer, me propongo en el presente capítulo dar un vistazo al porte de los norte-americanos en Jalapa y á los principales hechos de las guerrillas en el Estado de Veracruz; y en el capítulo siguiente hablar de la entrada y permanencia del enemigo en la ciudad de Puebla, y de algunas de sus correrías en el Estado del mismo nombre. De este modo podremos más desembarazadamente llegar á sus últimas operaciones militares en el corazon del país, y seguir las sin interrumpir su narracion ni estar saltando de un punto á otro, lo cual causa fatiga y confusion al narrador y á sus lectores.

Queda asentado que el aspecto de Jalapa en los primeros dias de la invasion, distaba mucho de ser el de una ciudad conquistada. Los dispersos de nuestro ejército se habian internado sin dar allí el espectáculo de su vagancia y miseria: algunos de los capitulados de Veracruz y Cerro-Gordo que residian en la ciudad, eran considerados y respetados: las autoridades municipales funcionaban libremente con el apoyo de la militar: el nuevo Pactolo nacido del erario de los Estados-Únidos, corría con sonoro estrépito dando animacion al comercio, facilitando todo género de negocios y llevando cierto desahogo hasta á los hogares más pobres, sin que se experimentaran otras dificultades que la escasez de plata para los cambios, y de efectos como harina, azúcar, sal y cereales para llenar prontamente los pedidos. Aquella música del oro, la más agradable á los oídos modernos, y acaso tambien á los antiguos, no bas-